

Condiciones para el desarrollo de la personalidad del preescolar

Las premisas del desarrollo de la personalidad creadas en la infancia temprana sirven de base a las nuevas formas de influencia del adulto en el niño. A medida que va creciendo, el niño adquiere nuevos rasgos psíquicos y nuevas formas de conducta que le convierten en un pequeño miembro de la sociedad humana.

Durante la edad escolar el niño adquiere un mundo interior relativamente estable que le da una personalidad, aunque no madura del todo, pues su evolución continúa.

El desarrollo del niño en la edad preescolar le diferencia sustancialmente de su etapa anterior. En las nuevas circunstancias el adulto exige más del comportamiento del niño, y en primer lugar el respeto a las reglas de la conducta, comunes a todos los miembros de la sociedad. Las crecientes posibilidades para conocer el mundo circundante sacan al niño del estrecho círculo de gente afín a él, lo cual le permite asimilar en una forma inicial las relaciones mutuas que los adultos establecen entre sí en actividades tan serias como el estudio y el trabajo.

1. INFLUENCIA DEL ADULTO EN EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD DEL PREESCOLAR

Es el adulto quien influye sobre todo en el desarrollo de la personalidad del niño haciéndole asimilar las normas morales que regulan la conducta social de la persona. El niño aprende esas normas toman-

do ejemplo del adulto y asimilando las reglas de conducta. El niño muestra una tendencia a imitar al adulto, a aprender de él a valorar a las personas, los acontecimientos y las cosas. Y no sólo de los

demás, a tomar en cuenta los intereses y las opiniones de los demás. A todo lo largo de la infancia preescolar las actividades del niño se hacen más complejas y requieren una percepción, una mentalidad, una memoria, y, en fin, un nivel psíquico más complejo y una capacidad para controlar la conducta propia.

Todo esto va formando paso a paso la personalidad del niño; cada avance hace al niño más permeable a nuevas influencias y crea las condiciones para la ulterior escolarización. Las condiciones del desarrollo de la personalidad están tan estrechamente ligadas al propio desarrollo, que prácticamente es imposible separarlos.

El desarrollo de la personalidad del niño ofrece dos aspectos: 1) el niño comienza a comprender el mundo circundante y el lugar que ocupa en ese mundo, lo que origina nuevas motivaciones de su comportamiento; 2) el desarrollo de los sentimientos y de la voluntad dan estabilidad a la conducta, haciéndola menos influenciable al cambio de las circunstancias externas.

adultos más próximos a él. El preescolar conoce la vida de los adultos por muchos conductos: observando su trabajo, escuchando relatos, etc. El niño toma como modelo a aquellos adultos que gozan del respeto de los demás. También a otros niños, cuya conducta es popular en los ambientes infantiles. Tampoco es pequeña la influencia de los personajes literarios.

Los niños de edad preescolar muestran gran interés por los modelos de conducta. En un cuento no soportan las ambigüedades: siempre tienen que saber si el personaje es bueno o malo.

Las reglas de conducta se hacen más complejas a todo lo largo de la edad preescolar y determinan el comportamiento diario del niño. Primero es el adulto quien exige del niño una conducta acorde con las reglas y después es el propio niño quien comienza a valorar su actitud de acuerdo a las reglas.

En la edad preescolar temprana los niños adquieren hábitos culturales e higiénicos al cumplir el orden del día, al cuidar de los juguetes, etc. El niño no se limita a obedecer simplemente al adulto, sino que procura asimilar esas reglas. En el jardín de infancia es frecuente que un niño se queje del comportamiento de otros niños. Más que de un deseo de denunciar es una petición al educador para que confirme la existencia de una regla de cumplimiento obligatorio para todos.

Los niños están sentados con las sillas en semicírculo. Delante de ellos, también en una silla pequeña, la educadora se dispone a leerles un cuento.

Los niños saben que pueden sentarse en cualquier silla libre, pero no cambiar la silla de sitio. Todos quieren situarse más cerca de la educadora para ver los dibujos del libro. Un niño levanta la silla con las dos manos y sin despegarse del asiento se acerca a la educadora. Varias voces exclaman: «Mire, mire, se acerca a usted.»

Lolik y Liusia también sujetan sus sillas de la misma forma que el transgresor de las reglas, pero no se mueven de su sitio. Son los que más gritan. Su postura evidencia que les cuesta mucho mantenerse en el sitio.

La educadora dice con voz tranquila al transgresor: «Eso no se debe hacer; todos tienen que estar en su sitio.» Envía al infractor de las reglas a su sitio y todos se tranquilizan. (Observado por V. A. Gorbachova.)

En la edad preescolar media y superior pasan a primer plano las reglas que determinan las relaciones con otros niños. La creciente complejidad de sus actividades obliga con frecuencia a cada uno a tomar en consideración el punto de vista del compañero y a respetar sus derechos e intereses. Los niños asimilan estas reglas sólo a través de la experiencia práctica, es decir, en el proceso de violación y restablecimiento de esas reglas.

A medida que se adentra en la edad preescolar, el niño muestra una mayor conciencia en el cumplimiento de las reglas de comportamiento. Los niños de edad preescolar inferior y mediana cumplen las reglas por costumbre, mostrando a veces un exceso de pasión por el «respeto del orden» y no consintiendo su menor transgresión. El preescolar mayor no cumple las reglas por costumbre, sino de manera consciente, porque comprende su importancia. En este período el niño vela además porque cumplan las reglas otros niños. En la asimilación de los modelos y reglas de conducta es de gran importancia el sentimiento de orgullo o de vergüenza, que obliga al preescolar a comportarse de acuerdo a lo que de él espera el adulto.

En la infancia temprana el sentimiento de vergüenza en el niño lo suele provocar la intervención directa del adulto; en la edad preescolar lo provoca el propio niño cuando comprende que actuó de manera distinta a la que de él esperaban. El niño se avergüenza si muestra cobardía, grosería, avaricia, etc.

2. EL NIÑO DENTRO DEL GRUPO DE SUS COETÁNEOS

Para el desarrollo del preescolar es de gran importancia la influencia en él de otros niños de su edad. El preescolar necesita comunicarse con sus coetáneos. A un niño de seis años, que echaba de menos a un compañero, le dijo su madre: «Yo estoy contigo», a lo que el niño respondió: «Yo necesito niños y tú no eres niño.»

Esta necesidad de comunicarse es el resultado de la labor conjunta de los niños en el juego y en las actividades laborales.

Cuando se da una educación preescolar pública, en que el niño mantiene un contacto permanente y variado con otros niños, surge la *sociedad infantil*; dentro de ella el niño aprende a comportarse en colectividad, a relacionarse con los demás, que no son educadores, sino iguales a él.

La influencia del grupo de coetáneos en el desarrollo de la personalidad del niño se debe a que es precisamente en ese ambiente donde el niño tiene que aplicar las normas de comportamiento con el prójimo y adaptar estas normas y reglas a la gran variedad de situaciones concretas. Las actividades conjuntas crean constantemente situaciones en las que el niño debe de adaptarse a los demás y renunciar a deseos personales para lograr un objetivo común. En esas situaciones los niños no siempre actúan debidamente. Con frecuencia el deseo de cada uno de hacer valer sus derechos sin tomar en cuenta los derechos de los demás origina conflictos. El educador pone término a esos conflictos y enseña a los niños cómo hay que cumplir de forma consciente las normas de conducta.

Los contactos y las actividades conjuntas de los niños les permiten *ejercitarse* en las conductas correctas, algo totalmente necesario para que el niño no sólo conozca las normas, sino que sepa además ponerlas en práctica.

Otra forma de influencia de la sociedad

infantil en la personalidad del niño es la *opinión pública* que se crea en cada grupo.

En un grupo de niños de tres años aún no hay una opinión común en torno a determinados objetos, acontecimientos o actitudes. Generalmente la opinión de un niño no influye en la opinión del otro. Pero a los cuatro o cinco años los niños ya toman en consideración lo que piensan sus compañeros y acatan la opinión de la mayoría, aun cuando ésta choque con sus experiencias y conocimientos. Este acatamiento de la opinión de la mayoría se llama *conformismo*. Un ejemplo de conformismo es éste: varios niños acuerdan considerar que dos cubos sobre la mesa, uno blanco y otro negro, son blancos. Un niño, que no participó en ese acuerdo, después de escuchar la opinión de dos o tres compañeros, decide también que los cubos «son blancos».

El conformismo es la etapa precedente a



El preescolar necesita comunicarse con sus coetáneos...

la capacidad del niño para confrontar su opinión con los demás. A los seis años ese espíritu decae sensiblemente. Pero en algunos niños puede arraigar y convertirse en una particularidad negativa.

Inicialmente el niño valora a sus coetáneos en consonancia con la opinión que de ellos tiene el educador. Cuando al niño de tres o cuatro años le preguntan: «¿Quién es el mejor de tu grupo?», responderá: «Lena, porque es la que más pronto come», o «Vita, porque siempre obedece.» Con el tiempo, cuando la valoración se hace más profunda, el niño considera mejor al que sabe muchos juegos, al que comparte sus juguetes con los compañeros, al que defiende a los más débiles, etc. Después de los cuatro o cinco años el niño valora mucho la opinión del grupo y evita realizar hechos que pudieran ser reprobados por otros niños de su edad.

En el grupo del jardín de infancia cada niño ocupa un lugar determinado de acuerdo a la opinión que de él tienen los demás componentes del grupo. Generalmente destacan dos o tres niños, los que gozan de mayor popularidad, cuya amis-

tad buscan muchos, los que son imitados, a los que ceden los juguetes, etc. También hay niños que no gozan de ninguna simpatía; con éstos la comunicación del resto del grupo es escasa. Los demás niños se sitúan entre estos dos polos. La popularidad del niño depende de muchos motivos: de lo que sabe, de su desarrollo intelectual, de su conducta peculiar, de su capacidad para comunicarse con los demás niños, de su aspecto exterior, de su fuerza física, etc.

La situación en el grupo influye poderosamente en la evolución de la personalidad del niño. De ellas depende la tranquilidad, la satisfacción, la facilidad con que el niño asimila la manera de comportarse. Los niños impopulares, al no encontrar apoyo en los demás, se vuelven egoístas y poco comunicativos. Los niños excesivamente populares suelen volverse engreídos. El educador debe desplegar una gran labor para crear en el grupo una buena atmósfera general, regulando las relaciones mutuas, equilibrando las posiciones de los diferentes niños que integran el grupo.

3. ACTIVIDAD Y EVOLUCION DE LA PERSONALIDAD DEL PREESCOLAR

El adulto y sus coetáneos influyen en el niño principalmente durante el desarrollo de una actividad. Cuando organiza las actividades de los niños el adulto, les aconseja, les da indicaciones sobre el desarrollo del juego, sobre el dibujo, les hace ver cómo son las relaciones mutuas y las actividades de los personajes que esos niños recrean, les plantea determinadas exigencias, valora su comportamiento, les ayuda a superar las dificultades y los conflictos.

Únicamente a través de la actividad conjunta se integran los niños y establecen las variadas relaciones que constituyen la base de la sociedad infantil y que ayudan al desarrollo de la personalidad de sus miembros.

Para el desarrollo de la personalidad, nada es más importante que el juego. El niño asume el rol de un adulto, reproduce sus actividades y sus relaciones y de esta

forma asimila las reglas y los motivos que determinan la conducta del adulto en el ámbito laboral y social.

El juego obliga al niño a revivir los sentimientos que experimentan los personajes que él representa, como es la atención del médico hacia el enfermo, etc. El niño trata con simpatía, cariño y con un aire protector a los muñecos y a los animales de juguete con que juega.

El interés por el juego, el deseo de desempeñar bien su papel son tan fuertes, que el niño realiza acciones de por sí difíciles o poco atractivas; por el juego el niño reprime sus deseos. El preescolar que juega a la escuela es capaz de pasarse un buen rato trazando una y otra vez los mismos palotes, tarea de por sí aburrida y monótona. En el papel de camarera del bar de la estación, la niña de seis años no se come las galletas que tiene a su alcance, considerando que con ello dañaría los intereses de los pasajeros.

Pero no se piense que este buen comportamiento en el juego determinará el comportamiento cotidiano del niño; es frecuente ver cómo el niño que en el papel de doctor se mostró atento con una niña enferma, a los pocos minutos de acabar el juego arrebata tranquilamente los juguetes a esa misma niña, sin importarle sus lágrimas.

Las acciones y las relaciones que el niño interpreta en el juego de acuerdo a su rol le permiten comprender mejor el comportamiento, los sentimientos y las actitudes de los adultos, pero ello no significa que el niño haya asimilado esas experiencias.

El juego educa al niño no sólo a través del argumento, no sólo mediante el papel que en él representa. En las relaciones reales que surgen en torno al juego, en las discusiones sobre el contenido del juego,

al distribuir los papeles, etc., el niño aprende realmente a respetar los intereses del compañero y a cooperar en una empresa común. Con frecuencia, la organización y la evolución del juego generan conflictos, debidos a la incapacidad del niño para armonizar los planes y las acciones. En estos casos se requiere ayuda del educador.

Ira juega sobre la alfombra con las piezas de construcción y se dispone a construir un barco. A ella se une Vladik; los dos construyen en silencio, sin ningún acuerdo previo.

Se acerca Valia, coge ladrillos de madera y comienza en medio del barco a levantar una torre.

—Déjalo —dice Vladik.

Valia sigue construyendo.

—Te digo que lo dejes —repite irritado Vladik—; aquí irá sentada la gente...

—El no hace bien. Aquí irá la gente sentada, lu. A. —dice Vladik a la educadora— Valia no nos deja jugar.

La educadora se acerca a la alfombra, se sienta y pregunta:

—Vladik, ¿qué hace mal Valia?

—Que aquí en el barco irá la gente y él aquí construye.

—¿Y dónde está el puente de mando? Un barco tiene que llevar puente de mando.

—Claro que lo tiene que llevar. Tú, Valia, tenías que haberle dicho al principio a Vladik que el barco lleva puente de mando, y Vladik no se hubiera molestado por lo que construyes. ¿Verdad Vladik? —pregunta la educadora.

Vladik asiente con la cabeza.

—Bueno, y ahora, ¿dónde irá la gente? ¿dónde se sentarán los pasajeros en vuestro barco? —pregunta lu. A.

—Pondremos aquí sillas para los pasajeros. Las pondremos aquí y ya está —responde el propio Vladik, que ha buscado una salida a la situación—. ¿Verdad, Valia?

Valia termina de construir la torre y coloca con Vladik e Ira las sillas en medio del casco del barco. (Observado por V. A. Gorbachova.)

Cuanto más complicado es el juego, mayor el número de participantes y más

estrecha la interdependencia entre ellos, tanto mayores son las exigencias que ese juego plantea a la conducta y a la colaboración de los niños. Por eso, cuanto más complejo es el juego, tanto mayor es su valor pedagógico.

En la mayoría de los juegos los niños desempeñan roles de distinta importancia. Hay roles principales, como es el de capitán de un barco, de doctor, de educadora, y roles secundarios: de marinero, de pasajero, de enfermera o de enfermo. Los roles principales tienen mayor prestigio y atraen más al niño. Cuando el niño juega sólo y los demás papeles los interpretan muñecos, él siempre desempeña el papel de protagonista principal. Pero cuando en un juego son varios los niños participantes, no todos pueden, naturalmente, pretender el papel de protagonista. Generalmente, en el grupo del jardín de infancia, ciertos niños inventan y organizan los juegos, distribuyen los roles, señalan cómo deben de actuar los demás. Son los «líderes». Por regla son ellos los que desempeñan el papel principal, aunque también pueden cederlo a otro niño.

El carácter de las relaciones reales que surgen entre los niños con motivo del juego depende en gran medida del comportamiento de estos «líderes», de la forma en que ellos logren imponer sus exigencias. En unos casos, los «líderes» son los niños más populares, los más respetados en el grupo; en otros casos son los aficionados a mandar, hasta el punto de que llegan a imponer sus demandas recurriendo a la violencia.

Del educador depende que las relaciones entre los niños en el juego tengan un efecto positivo para la educación. Cuando es necesario, el educador indica a los niños el argumento del juego, observa cómo se

distribuyen los papeles (en ocasiones interviene con tacto) y cuida de que los niños actúen de manera coordinada. Es importante pasar paulatinamente a juegos que requieran una estrecha compenetración de los participantes, lo que exige de cada niño el tener en cuenta al compañero. Los «líderes» de los juegos infantiles requieren una atención especial del educador y debe regularse la conducta de los «líderes» para con los otros niños.

Las actividades productivas y las tareas de tipo laboral y escolar contribuyen al desarrollo de la personalidad del niño

En este tipo de acciones, los niños tienden a lograr un resultado que merezca la aprobación del adulto y de los compañeros. El resultado puede consistir en un dibujo, en una construcción, en barrer un local, en cavar la huerta, en resolver un problema de aritmética, etc.

La necesidad de lograr un buen resultado acostumbra al niño a controlar sus acciones, lo que a su vez desarrolla su voluntad y el dominio de sí mismo. Los resultados permiten además comparar los éxitos de cada uno de los niños. Quien compara inicialmente es el adulto, aun cuando se halle incorporado al grupo infantil como educador; posteriormente es el niño quien compara, acostumbrándose así a *autovalorar* sus cualidades y logros.

Sobre todo es importante que la actividad que conduce a un resultado determinado fomenta nuevas *motivaciones* de la conducta. El niño que realiza una tarea

laboral la mide por la utilidad que tiene para otras personas (para la familia, para su grupo o para la sociedad en general). Así, se propuso a los preescolares mayores hacer dientes de madera para rastrillos: los niños estuvieron todo un mes, a treinta

minutos cada día, realizando con verdadero placer ese trabajo. Sabían que lo hacían para los campesinos.

Las tareas instructivas despiertan en los niños el deseo de familiarizarse con la realidad.

la edad preescolar

CONTENIDO DE LAS MOTIVACIONES DE LA CONDUCTA DEL PREESCOLAR. FORMACIÓN DE UN SISTEMA DE MOTIVACIONES

Las motivaciones de la conducta del niño cambian sustancialmente a lo largo de la edad preescolar. El preescolar más grande actúa, la mayoría de las veces, al modo que en la infancia temprana, impulsado por los sentimientos y deseos que experimenta en cada momento dado y no se interesa de las motivaciones que le han llevado a realizar esa acción. El preescolar menor es mucho más consciente en su comportamiento, y expone en muchos casos perfectamente los motivos de su conducta en cada circunstancia concreta.

El mismo comportamiento de niños de esta edad puede obedecer a estímulos diferentes. Un niño de tres años se acerca a las gallinas lo hace para congregarse y picar; un niño de seis años considera que presta ayuda a su

compañero cuando le presta un juguete. En el mismo tiempo, algunas motivaciones predominan de la edad preescolar en general influyen de manera especial en el comportamiento del niño. En primer lugar son las *motivaciones relacionadas con el mundo de los adultos*. Este deseo de parecerse al adulto que anima al niño en el juego de imitación. Este deseo surge para que el niño se comporte como un adulto en una situación concreta. Cuando

se quiere acostumbrar al niño a ser independiente se le dice: «Ya eres mayor y los mayores se visten solos.» Un fuerte argumento que puede obligar al niño a contener las lágrimas, es: «Los mayores no lloran.»

Otro grupo importante de motivaciones que determinan el comportamiento del niño son las *motivaciones relacionadas con su interés por el juego*. Estas motivaciones, que dependen del juego, también se deben al deseo de actuar como el adulto. Más allá de los límites del juego estas motivaciones marcan toda la conducta del niño y dan un carácter especial a la infancia preescolar. El niño es capaz de inventar cualquier cosa en juego. Con frecuencia, cuando parece que realiza un trabajo serio o está enfrascado en el estudio, en realidad el niño ha creado en su mente una situación imaginaria y está jugando. A un grupo de niños se les propuso que eliminaran lo que sobraba de estas cosas: un hombre, un león, un caballo y un carro. Los niños consideraron que sobraba el león y explicaron su elección así: «El hombre puede montar el caballo al carro y eso. Pero que monten el león. El león es capaz de montar a un caballo, es mejor montar al caballo que al hombre.» Este ejemplo de gran imaginación es